

NOTA EDITORIAL

Recientemente, y como intento de defensa ante el líder de la oposición, el presidente del Gobierno afirmó que “con él” España tuvo la tasa de paro más baja de su historia. La frase, lejos de ser un descargo acentúa aún más la gravedad de la situación actual, porque sirve para recordar desde dónde hemos caído y también que el Gobierno ya sólo pretende vivir de recuerdos porque no sabe qué hacer. Y aviva la memoria de que el compromiso original era que su peor tasa de paro sería siempre mejor que la mejor tasa de paro de los Gobiernos del Partido Popular.

De algún modo sería necesario explicar cómo es posible que el récord de empleo y el récord de paro sean imputables a un mismo Gobierno en un lapso tan breve. La explicación del Gobierno es, más que sencilla, pueril: una circunstancia externa ha complicado las cosas. Pero se hace difícil comprender que un mismo cambio en las circunstancias exteriores haya producido efectos tan dispares sobre los países que lo han sufrido, y que ninguno de ellos haya padecido una destrucción de empleo tan grave como España. Más aún cuando desde la oposición se advirtió de que se llegaría al punto al que se ha llegado.

El presidente se oculta a sí mismo que casi todas las personas que llegaron a trabajar “con él” ya trabajaban “sin él”, antes de que él llegara, y que, por tanto, su única contribución fue coronar un *castellet* cuya base se había puesto mucho antes y él desbarató. Y ahora, “con él”, no trabajan. Con eso se desbarató todo lo demás. Su récord genuino, aquel que se ha alcanzado como consecuencia de sus actos, es sólo el negativo. Decir que con él España alcanzó su récord de empleo es lo que masculla un presidente que sabe que está contra las cuerdas, que no sabe desde dónde le llegan los

golpes y que musita de cuando en cuando “yo fui campeón” a la espera de que suene la campana.

Quien se dice capaz de haber llevado a España a un récord de empleo tardó apenas unas horas en dismantelar todo su chamizo retórico-conceptual en materia económica y social cuando, en mayo de 2010, el país se acercó por primera vez peligrosamente al abismo financiero. Ese abismo –que sigue ahí mismo– no es una circunstancia exterior, sino el resultado de las decisiones presupuestarias adoptadas conscientemente en el interior y escogidas de entre otras muchas posibles. Tampoco es una circunstancia exterior que los mercados no presten a España o que le presten a tipos muy superiores a los que hasta hace poco disfrutábamos. Eso es desconfianza en lo que se hace en el interior.

Ese abismo es realmente el espejo que se pone desde fuera ante el Gobierno. Es él quien queda reflejado en ese hecho, no una imagen exterior. El espejo está fuera, pero la imagen reflejada está dentro. El Gobierno nunca supo por qué se creaba empleo en España. Y sigue sin saber por qué se está destruyendo. Zapatero, efectivamente, llegó más alto que nadie subiendo por su escalera. El problema es que fue entonces cuando descubrió que la había apoyado en la pared equivocada. Y eso tiene ahora muy mala solución.

Tan mala que, al parecer, a lo único que aspira ya es a que los suyos le den la oportunidad de revelarse en su epitafio como el gran estadista que pretende ser. En ese intento desesperado e irresponsable no le están faltando los apoyos parlamentarios indispensables desde fuera de su propio partido. Apoyos legítimos, sin duda, pero apoyos *a Zapatero*, no a otra cosa. De hecho, Zapatero está encontrando en el Parlamento el apoyo externo del que ya carece en el seno de su Gobierno, de su partido, de sus medios y del conjunto del país. Sólo ese apoyo parlamentario extraordinario mantiene artificialmente a un presidente que, en razón de sus convicciones en esta materia, no debería dejarse mantener con vida en esas circunstancias. Lo que esperan de él quienes lo sostienen no puede ser ya gesto alguno de fortaleza sino, más bien, algún fruto que pueda resultar de su debilidad casi terminal.

El derecho a sostener en el poder a un Gobierno destructivo y sin proyecto no puede discutirse, pero tampoco su inconveniencia para el interés común del país. No puede discutirse el daño que, objetivamente, esa decisión está causando. Se tiene derecho a prestar los votos a quien se quiera, pero también se tiene derecho a decir que eso, cuando se trata de este Gobierno, no puede exhibirse como un gesto de responsabilidad institucional, de altura de miras por el bien de la gobernabilidad o de madurez política. Habrá interés en ello, pero no es el de España. Porque después de un Gobierno acabado el sistema no se acaba, el sistema se regenera mediante un nuevo proceso electoral.

La gran duda de este final de legislatura es, pues, cuál va a ser el epíteto político que el presidente del Gobierno va a dejar, de cuánto tiempo dispone para escribirlo y en qué género pretende manifestarse esta vez. En *Luces de bohemia*, Max Estrella, el inmortal personaje de Valle-Inclán, exclama: “¡He recobrado la vista! ¡Veo! ¡Oh, cómo veo! ¡Magníficamente! ¡Está hermosa la Moncloa!”. De momento, todo parece indicar que el esperpento es también el género elegido por nuestro presidente.

Un esperpento con su parte cómica, como la iniciativa de los 110 km/h como medida de ahorro energético para un país como España. Con su parte dramática: de nuevo asoma la enraizada y tozuda querencia socialista por la negociación con ETA y de nuevo aparece la vieja y falsa idea de que la legalización de su rama política ayudará a la desaparición de su rama armada. E, incluso, con su parte trágica: estamos, ocho años después, escuchando al presidente defender el uso de la fuerza en una guerra civil para desarmar a un tirano, comprometiendo la participación directa de las tropas españolas con un entusiasmo desconocido, sin que estén claros todavía los objetivos militares o humanitarios de una acción planificada y desencadenada en cuestión de días, y sin que eso suscite la menor exigencia de explicarse quién se ha sido y quién se es.

Parece que una vez más estemos ante la misma exclamación del esperpento de Valle: se ha recobrado la vista y la Moncloa está más hermosa que nunca. Pero es un esperpento y como tal debe interpretarse. No ha habido rectificación alguna en el soporte intelectual de las acciones del Gobierno. Hay, sencillamente, un Gobierno oportunista, carente de convicciones y dis-

puesto a llamar en todas las puertas de la fortuna con la esperanza de que alguna se le abra antes del día 22 de mayo. En esencia, hay lo de siempre.

Ésta es ya una legislatura acabada. Lo que no significa que el trabajo que España necesita esté también acabado, al contrario. Es ahora cuando comienzan a tener más sentido que nunca los proyectos afinados, las ideas contrastadas y las políticas probadas. *Cuadernos de Pensamiento Político* pretende proporcionar una vez más algunas de las claves necesarias para abordar con éxito el cambio político que España necesita con urgencia. En este número 30, los estudios que se presentan son los siguientes: “El Tribunal Constitucional en los tiempos de Zapatero”, de Ignacio Astarloa; “Venezuela, el último refugio de ETA”, de Florencio Domínguez; “El nacionalismo español de Manuel Azaña”, de José María Marco; “Grandeza y miseria del liberalismo”, de Pierre Manent; “La crisis del euro y la gobernanza europea”, de Román Escolano; “Regeneración del empleo en España. Seis medidas urgentes para un cambio del mercado de trabajo en España” de Íñigo Sagar-doy de Simón; “Cajas de Ahorros: una historia singular”, de Juan Velarde Fuertes; “El ‘paradigma LOGSE’: un error intelectual. Sobre la perspectiva idealista en la pedagogía progresista”, José Penalva; “El coraje de la libertad: cómo vencer al populismo en Latinoamérica”, de Alejandro Antonio Chafuen; “Presidencias vitalicias para el socialismo del siglo XXI. Los ‘presidentes-reyes’ regresan a Iberoamérica”, de Pedro Fernández Barbadillo; “La Monarquía y las Españas”, de Carlos Robles Piquer; “David Cameron y la tradición *tory*: sociedad, responsabilidad y compasión”, de Mario Ramos Vera.

Las reseñas por su parte son: *Memoria de Washington. Embajador de España en la capital del Imperio* (Javier Rupérez), por Javier Sota Ramos; *Liberales. Compromiso cívico con la virtud* (José M^a Lassalle), por Manuel Álvarez Tardío; *La crisis de la España fragmentada. Economía política de la era Zapatero* (Mikel Buesa), por Juan Velarde Fuertes; *El nacimiento del mundo moderno (1780-1914)* (Christopher A. Bayly), por Leah Bonnin; *La política de la libertad. Estudio del pensamiento político de F.A. Hayek* (Paloma de la Nuez), por Alfredo Crespo Alcázar; *Lo que quiero es comprender. Sobre mi vida y mi obra* (Hannah Arendt), por Ignacio García de Leániz; *Discurso de la servidumbre voluntaria* (Étienne de La Boétie), por David Carrión Morillo; y *La experiencia totalitaria* (Tzvetan Todorov), por Carmen Iglesias Caunedo.